

si no estoy conforme con ella, teniendo la conciencia plena de que el frío es el mejor consejero para el uso de ropas y abrigos, así interiores como exteriores. En 1.º de Noviembre se puede muy bien salir á la calle con ropa de verano si la temperatura lo permite, del mismo modo que se puede usar cuanto abrigo pida el cuerpo en el mes de Agosto, si, contra lo natural y propio de la estación, se sintiesen en dicho mes los rigores del más crudo invierno.

La capa es para cuando el cuerpo, que es el mejor consejero, la pide, sin tener presente si llegó el 1.º de Noviembre ó si pasó esa fecha. ¡Feliz el que la tiene y no gime en las garras del prestamista, donde se llevó durante el verano, ya para procurar su mejor conservación ó buscando con su cautiverio algunas monedas necesarias para imprescindibles necesidades! El que no se encuentra en tan triste caso póngasela cuando bien le plazca y riase de usos y costumbres.

CUENTO

CURRO

Que me está engañando ya lo sé de antiguo.

Pero es tan bonita que al verla la cara su traición olví.

El eco de la última frase de la seguidilla gitana se perdió en el olivar, lejos, muy lejos, allí cerca de la orillita del río cuyas aguas negras besaban los cañaverales que seguían la corriente, como el hijo á la madre, unas veces subiendo y bajando otras, hasta perderse en las formidables estrabaciones de la sierra que estrechaba el cauce para ensancharlo en el llano.

Cerca del olivar había un cortijo que parecía una paloma blanca, posada sobre un inmenso monte de verdura, y á la puerta de la casita de la finca veíanse á un hombre y á una mujer hablando misteriosamente.

Ella era una garrida moza que aprisionaba su seno mórvido en el airoso pañuelo de talle de colores vivos, que contrastaban con el tono oscuro de la falda, que dejaba al descubierto el nacimiento de una pierna perfecta. Era una de esas trigueñas que tanto abundan en Andalucía, con el pelo más negro que la mora, con los ojos más negros que el pelo y con los labios como los claveles rojos convidando á besos.

El hombre era un señorito flamenco, de cara provocativa y de aspecto jucaradoso. Su sonrisa era falsa y su mirada traidora. Vestía americana corta, lucía sombrero sevillano y calzaba espuelas. No lejos del grupo, pacía tranquilamente un potro an-

griso negro y bien cortado, un hermoso ejemplar de la mejor yeguada de la tierra.

—¿Le has oído?—preguntó la moza al repetir el eco la última frase de la copia.

—Sí, he oído á ese llorón que cuando que no pué quearse con la presa á dentellás como los perros, ó á puñalás como los hombres, vié llamiendo el barro á ver si quea orvía arguna pirtraña; pero... ¡ya le daré yo su moresfol!

—La otra noche, á las onse, senti el galope de un caballo, puse atención, sentí que se paraba en seco la bestia y desegua de su voz cantando esta copla:

Yo soy iguar que los moros que aguardan pa su vengansa que crusen sus enemigos por la puerta é su casa.

Así cantó, y como dize que su casa es esta, no te quió ve por aquí, Antonio. Curro es mu malo y diría que era mu valiente si tú no lo fueras más que él... No quió sangre, no quió que se bautisen con ella nuestros amores.

—Pero... ¿tú has tenido alguna vez carifios y ternesas pa él, María Jesús?

—Nunca. Solo tontás de y mas sin compromiso denguno.

—Dize que le traisionaste y... que orvía la traisión.

—Yo sé mandá á mis ojos, y mis ojos nunca le dijeron amores.

—¿Y la lengua?

—Tontás de mosa na más.

—¿Tontás! ¿tontás! ¡Hay tanta clase e tontás, niña!

—¿Qué más voy á isir, Antonio?

—Contesta con los ojos de tu cara. ¿Tú has tenido amores con Curro?... ¿Has dicho quererés á ese garrochista mardiesfo?

(Continuará)

El 2 de Noviembre.

Día triste, día de recuerdos que, ocultos bajo el polvo que amontona el tiempo, salen en masas, se agitan y se extienden por todos los hogares, imponiendo un paréntesis en la lucha febril por la existencia y convidando á la quietud, al recogimiento en que se contemplan las tristezas del pasado y el incierto camino del porvenir.

El culto á los muertos no pertenece á religión determinada; el místico y el ácrata, el protestante y el católico lo profesan: es un culto que no radica en principios dogmáticos, lo impone el sentimiento colectivo, vive en nosotros, y por eso no tiene fronteras en el orden de las creencias.

En las grandes capitales las multitudes llenan los cementerios, esgrujándose, cubriendo de flores y coronas las sepulturas y mausoleos, representación acabada del eterno *Vanitas* que no se rinde ni aun ante aquel puñado de ce-

resante pareja, pudiendo oír, ocultos tras un espeso cañaveral que allí crecía, cuantas palabras pronunciaban.

—Sí, me gustó y lo quise—se oyó decir á Mariana en aquel momento, mientras contaba distraída con los dedos las varillas de su abanico.

—¡Feliz mortal!—murmuró sin poderme contener. ¡Siempre ocupándose de tí, sin olvidarte un momental..

Carrillo sonrió satisfecho, y haciendo señal con la mano, me obligó á inclinarme un poco á ejemplo suyo, con el fin de escuchar.

—¿Quién me había de decir—prosiguió Mariana con marcado desdén—que tan pronto me había de cansar de él...

Atónito miré á Luis y le vi en actitud, más que de escuchar, de fiera que se prepara á la acometida.

—Pero hija—replicó la acompañante—vas á ser juzgada como voluble y con justicia.

—Qué hemos de hacer, te digo que me es insoportable, me engañó su aspecto, su riqueza... No es lo que yo buscaba...

Un rayo que hubiese caído á los pies del desgraciado Luis no hubiera hecho más impresión en él que las palabras oídas á Mariana. Le miré y su vista ex-

traviada y la cadavérica palidez de su rostro me infundieron angustia y pavor. Intenté llamar... pero sujetándome del brazo con increíble fuerza—no la presentes ante mí,—rugió con mal contenido furor, y se desplomó en mis brazos.

Entre tanto Mariana se había alejado hacia la quinta, sin duda temiendo que al llegar la noche, nosotros tomáramos más corto camino y ya estuviésemos allí.

—¿Qué tienes ahora que envidiarme?—murmuró Luis con voz ronca.—¿Estas son también genialidades mías? Antes podrían ser; hoy qué me dices? Contéstame, dime algo que sea capaz de borrar el eco de esas palabras que resuenan en mi oído como zumbido del infierno...

Nada me atreví á contestar; bajé los ojos y enjugué con un pañuelo el frío sudor que caía de la frente de mi amigo.

—Desgraciado del que no duda—murmuró—¡Imbécil todo el que cree en fidelidad jurada!...

—¡Calla, ¿quién sabe? Después de todo, no me negarás que antes de ahora tus dudas eran injustas, tu mujer te mostraba un cariño incomparable, hablase sacrificado por tí, y... aun hoy... ¿quién nos asegura?...

—Dichos los moradores del insignificante pueblecillo para quienes el «más allá» no es un problema, y limitándose á recordar sus muertos con una plegaria, no les preocupa lo que esos muertos representan y lo que elocuentemente dicen en su eterno silencio...

FERNANDO DE URQUIJO.

TARJETA POSTAL

Para el señor Alcalde de la capital.

¿No habría medio de arreglar algo el piso del pequeño trayecto, que hay entre el final de la calle de Ciruela y la puerta de entrada á la Estación del ferro-carril?

En cuanto llueve media hora es imposible transitar por él sin ponerse perdido de lodo.

Tenga V. S. la bondad de darse un

paseito por aquel sitio y podrá convenirse do cuanto decimos.

Sabemos, señor Alcalde, cuán buenos son los deseos que le animan para el mejor desempeño de su alto cargo, y por eso no dudamos que habrá de remediar el mal que denunciamos, y siendo así conseguirá, no sólo que sea fácil llegar al tren sin detrimento del *lustre* de nuestras botas, *si que* también les será dable á los forasteros llegar del tren y entrar en la ciudad sin que sufra en lo más mínimo el *lustre* á que tiene derecho una capital culta como la nuestra.

THERMO.

Noticias

A trueque de lastimar la conocida modestia de nuestro compañero D. J. Bernabeu y Novalvos, publicamos en el número de hoy el juicio lisonjero que ha merecido su libro *Escas Manchegos*, al eximio escritor é ilustrado catedrático de Retórica y Póitica de este Instituto provincial D. José Rogerio, y Sánchez, colaborador asiduo de este periódico.

Gracias mil enviamos al correcto crítico por su benevolente artículo.

Se ha encargado de la dirección de nuestro estimado colega *El Labriego*, el joven D. Adolfo Rubio.

Nuestra enhorabuena.

El jueves pasado no celebró sesión nuestro Excmo. Ayuntamiento por falta de señores concejales.

Después de pasar larga temporada en el balneario de Alhama, ha regresado á esta capital el sabio director de este Instituto general y técnico D. Federico Galiano y Ortega.

El conocido doctor y paisano nuestro D. Gerónimo G. Velázquez, ha vuelto á encargarse del sanatorio que tiene establecido en Daimiel.

Ha tenido que ingresar en el Hospital provincial á causa de encontrarse con una pulmonía, uno de los artistas del cuadro que actúa en el coliseo de Corvantes.

Le deseamos pronto alivio al artista.

Se está llevando á cabo el arreglo del piso de la calle de Toledo en su final y á la salida hasta la carretera y principio del camino que conduce al cementerio.

Merece un aplauso el señor Alcalde por tal medida.

Anoché regresó de Madrid nuestro apreciable amigo D. Delfino Colorado, conocido agente de negocios en esta capital, que como ya saben nuestros lectores, había ido

—¿Aún buscas disculpas?... ¿Pretenderás decirme tal vez que todo fué ilusión de mi ciego y torstornado? ¡Ah, no, no; lo he oído yo, y tú lo oíste, y el corazón lo presentía! ¡Ah, Luis, sin duda que éste lo adivinaba!...

—El corazón se engaña, Luis!...

—Sí, pero ¿y lo que acabas de oír?...

—¿Quién sabe? En fin, marchemos, este lugar no te conviene, vamos á casa, y un rato de descanso te podrá dejar en situación de pensar el plan que debes seguir. Ahora, ite lo pido por Dios, prudencia, Luis, ya llegará la ocasión de obrar...

—¡Prudencia!... Es decir, sí; aunque me cueste pedazos del corazón, fingiré ante esa mujer, ante...

Poco tuvimos que andar para llegar hasta Mariana, pues su paso era tan reposado y sus detenciones por ver si nos descubriría tan continuas, que no tardamos en estar cerca. En cuanto nos divisó, corrió gozosa, y colgándose del brazo de su marido, empezó con interés vivísimo á informarse, aun de los menores detalles de nuestra expedición, demostrando en toda una solicitud y un cariño que, después de lo que hablamos

(Se continuará.)